

CEREMONIAL DE SOLEDADES: LOS RELATOS DE VÍCTOR ÁLAMO DE LA ROSA

ÁNGEL SÁNCHEZ

Cuando nos ponemos a decidir cuál es el material con el que Víctor Álamo de la Rosa construye sus relatos, ahora publicados en un volumen (1), se piensa en un escenario áspero, hiriente y hermoso como es su Isla Menor, en unos actores característicos, simples o desmesurados, y en una coreografía sadiana, si bien con atrezo de guiñol. Pues estos muñecos que el autor mueve digitalmente pueden llevar disfraz ejemplarizante de profesionales reconocibles (un médico, un cura), o bien una careta fugaz de renuncios, atropellos y otras especies del desamor entre personas del común, ateridas por las patologías de la ritualización ficcional. Porque el autor no toma la debida distancia para ser contable objetivo de vicios y virtudes o viceversa, sino que, al igual que en sus novelas, se convierte en la sombra de sus personajes, columna vertebral del repertorio inventivo.

La tentación de un escritor extraído de un territorio insular cualquiera, es hablar irremediamente de la soledad insular y de sus ceremonias. Mucho más cuando este escritor parece abducido por la magia de la representación protagonizada por la soledad, como es el caso de V. Álamo. En una isla oxidada, ferrujinosa, (“donde el relente devora los hierros del molino” [pg.82]), esquinada en el confín del Mundo Conocido, como resulta ser la Isla Menor, no es extraño encontrar criaturas de vibrante pathos que busquen fecundar la disponibilidad del lector para encajar tal poética de la diferencia. De esa tentación resuelta como lenguaje surgen el eremita Arnau Monteliú, exterminador de perros, asistimos a la vergüenza pública de Mauro el Mocho, verificamos el estigma leporino de Juanillo el Chingo (“hartísimo de tanta soledad”), nos topamos de nuevo con Celedonia Jesús y su adicción seminal, al abuelo pescador capeando las mareas brujas, a Joan Lafonte, el médico loco de Arenas Blancas, a Lito, el torrontón obediente y poseso de *El tamaño del daño*, a Omar el Cangrejo, Bruno el farero, Tito el gago y tantos otros...

Todos ellos solitarios pasionales, de errática virtud entre la lucidez de su diferencia y la obcecación por el regreso al origen, que sigue siendo la nada con un techo de colmo trenzado a placer por la soledad.

Una galería tipológica que pasaría por ser desmesurada, un tanto caprichosa, entregada a la seducción que siente este autor por los arquetipos, si no fuera justamente porque éstos se embeben de la magia de la representación simbólica. Dejemos pues aparte que los modelos humanos de referencia a tales personajes puedan existir o no en cualquier lugar del Archipiélago donde haya un perdedor nato, roído por las patologías de la soledad. Pero pongamos que el modelo ficcional sea verificable: un hombre solo, encuevado, enredado en sus taramelas, sometido a revueltas pasionales sin tino, como se dice por aquí. Perdedores transfigurados por la épica de la diferencia, sublimados por la lírica de sus arrebatos dionisiacos, y finalmente rematados por la tremenda. Como en un gráfico de historial clínico los héroes de nuestro autor muestran su ascensión y su declive, tienen una primera ascesis de esplendor en su peculiaridad solitaria y triunfante, se ven enredados en la dinámica social de la Isla Menor para acabar despeñados en macabras ceremonias de harakiri criollo, que en el relato titulado “De perros y demonios” se convierte en un escalofriante margullo en el horror de la inmolación.

La tentación de un lector insular cualquiera es acaso quedarse en la zona tibia del reconocimiento, la anécdota regional, la galería humana de tipos y subtipos, conformándose con la trama textual impresa. El lector no convencional tendrá que descartar ese espejismo de la literalidad, traspasar lo leído más allá de la letra, y leer a Víctor Álamo en clave trascendente, deduciendo de su laberinto ficcional nuestras cosas internas, las asignaturas no presentadas en el currículo canario, aunque el patronímico paninsular (‘canario’, ‘canaria’) no comparezca en sus textos y el idiolecto origen se ausente casi de modo definitivo. Deberá pues el lector moverse de modo que atraviese el espejo que es la fábula leída, asumiendo que ha entrado en un encabalgamiento estilístico que enlaza una “oralidad mítica a caballo entre la fábula social y la memoria inventada”, como escribe Andrés Neuman en un enjundioso prólogo al volumen. Este apunte parece definir a la perfección el perfil inventivo de Álamo. Magia en la mar, en la tierra viento, y en los corazones la soledad del paraíso atlántico...

Pues la soledad de los isleños es aquí y

ahora “el tema”. Esa soledad oscura y eterna del hombre -que decía Albert Camus- siendo como es un ser elefantiásico en deseos y un gnomio en realidades compensatorias a los mismos. Pues los arquetipos marginales, esos seres perdidos en un mundo donde no se cotiza la diferencia, sacados de lo oscuro por la solidaridad del vecindario para acabar desbocándose en el rédito dionisiaco que era inseparable de aquella soledad, esos seres somos un poco todos los isleños. Esto equivale a decir que tras la clave social de estos relatos está localizable con seguridad la realidad meramente ontológica. Valle Inclán lo hizo magistralmente en sus “comedias bárbaras”, y el rejoy valleinclanesco está en Álamo de la Rosa, voluntaria o involuntariamente, por más que se piense que tan sólo los fetasianos y los bra-

sileños han podido inseminarlo.

La narratividad de Álamo parece pues avenirse a un análisis de la descompensación caracterial de los isleños, sea de la isla que sean. Hay en su construcción un determinismo de lógica soledosa que se diría correlato literario de las observaciones etno- y sociolingüísticas trazadas magistralmente por Laura Morgenthaler (2) sobre los hablantes dialectales de las Islas, descompensados por el modelo intracolonia vigente. Esa ‘altiva soledad’ camusiana pudiera coincidir con el aura de unos seres descolocados en un mundo que no comprenden; seres que huyen de sí mismos hacia el progreso, y trabucadamente regresan al origen. Nos topamos con la metafísica habitual de una etnia de mesticidad no asumida, con pautas vivas de matriarcado e inmadurez. Un desastre de pueblo, gente bruta toda. Ilusionada con las pasiones, desbaratada por el vacío de respuestas a sus preguntas. Un filo de ontología donde deberán excavar quienes estudien académicamente a este autor.

Y hablando de acercamientos escolares a Álamo de la Rosa, poco parece haberse observado hasta ahora la presencia de los niños en nuestro autor, llevado como está mayormente a recurrir por instinto sistemático a una descriptiva detallada de adultos, digamos, con problemas. Álamo describe a los niños de la Isla Menor embebidos en la fascinación de hacer daño, o de martirizar, a cuantos bichejos o aves encuentran a su paso. Juegos peligrosos que prefiguran a los futuros hombres, que se prolongan genéticamente para activar un bandolerismo de insurrectos en su mocedad, rebeldes a la injusticia social, atentando contra ese estatus con la misma gratuidad de una perrería sangrienta. Niños que en las relaciones paterno-filiales rehílan un escaso patriarcado ético y conductivo --como un embobamiento sentimental y obediente-- al amplio patrón matriarcal que llevan en vena. Una interesante secuencia ontológica que acaso se dirija a la madurez de conciencia, a salir del infantilismo insular, atreviéndose a ‘ser’ donde todo ha sido ‘estar’. Porque Álamo no sólo crea monstruos, títeres encabronados con la vida, sino que también puede inclinarse a la mitología en que ha derivado su memoria infantil, hipérbolo de la felicidad amniótica herreña. En realidad resulta imprescindible que lo haga, para que no nos extrañe cómo serán

La tentación de un escritor extraído de un territorio insular cualquiera, es hablar irremediamente de la soledad insular y de sus ceremonias. Mucho más cuando este escritor parece abducido por la magia de la representación protagonizada por la soledad, como es el caso de V. Álamo. En una isla oxidada, ferrujinosa



PORTADA DE *MAREAS Y MURMULLOS*. PRÓLOGO DE ANDRÉS NEUMAN. 169 PP. TROPO EDITORES. ZARAGOZA, 2011. SU AUTOR ES EL ESCRITOR TIFERFE-NO VÍCTOR ÁLAMO DE LA ROSA, QUIEN EN ESTE VOLUMEN REGRESA A SU TERRITORIO INVENTADO DE ISLA MENOR, TRASUNTO DE LA ISLA DE EL HIERRO, Y UNIVERSO EN EL QUE DESGRANA UNA SERIE DE HISTORIAS DONDE LA REALIDAD SE MEZCLA CON LA MAGIA EN ALGUNAS OCASIONES EN CLAVE NOTABLEMENTE POÉTICA. VÍCTOR ÁLAMO DE LA ROSA CUENTA EN LA ACTUALIDAD CON UNA SOBRESALIENTE PRODUCCIÓN LITERARIA EN LA QUE HA TOCADO PRÁCTICAMENTE TODOS LOS GÉNEROS.

de mayores, descendiendo al infierno de la autoinmolación, o de la errónea venganza (como es el caso en *El toro suizo*).

Si la atención lectora se prende a seguir el decurso de los arquetipos, donde se ha encasillado transitoriamente el autor, no debe dejar de observarse la potente fluidez estilística, armada con lo coloquial y lo conceptual, sin solución de continuidad, como es habitual en su prosa. La progresión de cada patología, la descriptiva del escenario, las fugas poéticas hacia cualquier irradiación de la Naturaleza, cruzan esta escritura que reinventa una etnia sufriente y dislocada para que encuentre “un lugar entre los pueblos del mundo”.

La actualidad geológica de la Isla Menor durante la segunda mitad de este año 11 (y tercero o cuarto de la famosa crisis)

parece unirse a la pujanza de ese halo místico que tiene esta escritura. Burbujas de una mar volcanizada, altamente tóxica y depredadora de flora y fauna a bastantes millas a la redonda, se dieran una respuesta a la trapisonda humana de sus ilusorios personajes, desarretados y/o poéticos, situados en el límite de la extravagancia tipológica que se tiene comúnmente como patología. Tal vez porque en Álamo predomina lo dionisiaco, el frenesí destructivo de la diferencia, marcado por el apartamiento, la exclusión inicial de sus héroes, la soledad al fin. Pues a Apolo lo siguen las musas con sus arpas y guirnaladas, en tanto que a Dionisos lo secunda una recua de sátiros, elfos, ménades desparradas, lúbricas nereidas y un Eros Energoumenos que quema todo lo que toca.

La totalidad de lo narrado se resume como un ceremonial de la inventiva misma que calca con bastante aproximación el intramundo de nuestras vidas. Sólo que los símbolos valen durante un tiempo, hasta que la Historia los acumule como pretérito imperfecto. Por lo pronto, la Historia Literaria del s. XXI tiene ya en Álamo de la Rosa un capítulo destacado, quedando servido en sus novelas y relatos lo mejor que se pueda leer sobre el transverse entre el tiempo pasado -donde la memoria pasaba por ser costumbrismo y ruralidad- y la incógnita de lo venidero, donde acaso echemos de menos la literatura regional, devorados por la globalización estándar. Bien nos gustaría que surgiera ahora una derivada sivaica, rehabilitadora de alguna esperanza en la parábola de la autodisolución identitaria que define y documenta casi toda su obra. Su próxima novela será bienvenida en tal sentido, tal como él mismo espera, si se trata de “(...) abrir nuevos pisos y habitaciones de ese edificio siempre en busca de su altura, guiado por el íntimo deseo de no llegar nunca a la azotea”, como explica en las últimas líneas del volumen que reseñamos.

(1) *Mareas y murmullos*. Prólogo de Andrés Neuman. 169 pp. Tropo Editores. Zaragoza, 2011.

(2) Laura Morgenthaler García: *Identidad y pluricentrismo lingüístico. Hablantes canarios frente a la estandarización*. Editorial Vervuert Iberoamericana. Madrid, 2009.

DEL SUEÑO, DEL ARTE Y DEL AMOR

JUAN-MANUEL GARCÍA RAMOS

¿Cuántas veces no hemos querido convertir un acontecimiento desgraciado de nuestra realidad cotidiana en un sueño, en algo que solo sucedió en nuestra imaginación?

Nuestros sueños forman parte de y configuran nuestra personalidad. Un hombre, una mujer, son el producto de sus vigili-
as y de sus reposos del anochecer. Y también de sus insomnios, que vienen a ser un desacuerdo incómodo entre nuestras biografías diurnas y nuestras biografías nocturnas.

Como una caldera en permanente combustión, la mente humana se esfuerza sin descanso en transformar experiencias negativas de nuestra vida en simple desmemoria. Hasta cierto punto somos el resultado de lo que hemos sabido quitarnos de encima. Y cuando no somos capaces de llevar a cabo esa limpieza de nuestros malos ratos, caemos en algo parecido a la locura, una inaptitud para el olvido que nos atormenta.

¿Quién nos concedió tantas maneras de concebir la existencia? Quizá alguien que hizo de sus sueños esta realidad que a nosotros nos ha tocado protagonizar y que conocemos como mundo, una palabra inmensa y desconcertante.

De palabras están hechos el día y la noche. Las palabras también fabrican nuestras realidades y nuestras irrealidades, y nos permiten transitar por el planeta con algo más de comodidad, sobre todo cuando somos nosotros quienes las manejamos a ellas, y no ellas las que nos manejan a nosotros.

Cuando un hombre, una mujer, pierden el dominio de sus palabras comienzan a desidentificarse, a no saber cuál es el papel que han venido a desempeñar en este gran y extraño escenario que habitamos sin antes haber dado nuestro consentimiento.

Una manipulación eficaz de nuestras palabras es lo que nos permite mantener la calma y no precipitarnos en el desgobierno de nuestras voluntades. La cordura es atenerse al guion, al guion que alguien escribió para nosotros, o que tenemos la impresión -la intuición; acaso el mero instinto- de que alguien escribió para nosotros.

II

Otra operación opuesta a la de convertir la realidad hiriente en olvido, es la de convertir nuestros sueños más felices en realidad palpable. El arte, en todas sus modalidades, persiguió siempre ese objetivo. Moldeó las hilachas de nuestras ensoñaciones, los celajes y las brumas de la almohada, en apariencias perceptibles, en criaturas de nuestro entorno. Así nos sentimos vecinos de don Quijote, de la sonrisa de la Gioconda, de los nibelungos míticos de Wagner, o del Peter O'Toole ataviado de Lawrence de Arabia y pacificando a las tribus hostiles de los desiertos.

El arte es el resultado de la superación de la realidad y el sueño. La síntesis de nuestras perplejidades más primitivas. Sólo a través del arte estamos en condiciones de sobreponernos a los desacuerdos entre la realidad y el sueño: eso es Van Gogh. El arte es nuestro refugio más confortable a la hora de combatir desasosiegos, desajustes de ánimo; lo saben los creadores y los que degustan el trabajo de los creadores, esa comunidad de espíritus elevados que se necesitan y se justifican mutuamente.

III

Como el arte, también el amor, en su versión más radical, es capaz de sobrevalar con éxito esa guerra incesante entre realidades dolorosas y ensoñaciones relajadas. El amor es un pasaporte para un viaje distinto, una nueva potencialidad sobrehumana.

El orgasmo entre dos amantes sinceros es una visita fugaz a los cielos que siempre nos prometieron, la fusión con el Dios que todos llevamos dentro. El amor es el acto que nos aleja más de nuestra humanidad terrenal. El amor es un sueño, inaprehensible e inexpressable, como todos los sueños intensos.

El amor nos inquieta cuando empieza a manifestarse, y aun más nos inquieta cuando nos abandona de pronto. Al final de toda aventura amorosa nos quedamos sin saber si fue realidad feliz o mero sueño. Siempre debatiéndonos entre esos dos polos de atracción y rechazo.